

MANUEL FERNÁNDEZ GALIANO (\*)  
(17-VIII-1918 - 29-XI-1988)

Quizá sea yo, como alumno que fui y colaborador directo, el más indicado para hacer una semblanza personal, en esta ocasión en que discípulos, colegas y amigos nos hemos reunido aquí para avivar el recuerdo de don Manuel Fernández Galiano. Con él se nos fue no sólo el decano de nuestros helenistas, sino una figura difícilmente repetible en la historia del helenismo español. Grande es su pérdida para la filología clásica, parece una trivialidad decirlo, pero para mí más que una pérdida es una verdadera amputación. Maestro y amigo durante más de cuarenta años, su muerte, como la todavía reciente de mi padre, me deja privado de un punto de referencia y de un apoyo. En adelante habré de proseguir, manco de ambos, lo que me queda de camino. A los dos les dediqué mi tesis doctoral *Nombres de insectos en griego antiguo*, que publicó el CSIC en 1959. Casi treinta años después, los libros de M. Davies-J. Khatirithamby, *Greek Insects* (1980), y de Jan C. Beavis, *Insects and other Invertebrates in Classical Antiquity* (1988), que reconocen haber tomado mi estudio como punto de partida y le dirigen insólitos elogios en el mundo anglosajón para un trabajo hispánico, vienen a ser como un indirecto homenaje a la memoria de las dos personas que hicieron posible aquella ya vieja investigación: el entomólogo y el filólogo. Y digo esto no con el ánimo de alabarme indirectamente, sino como pretexto para traer a colación que quien precisamente me dio la noticia de la existencia de la primera de esas obras fue mi maestro, que leyó su reseña en el suplemento literario del *Times* y tuvo la cortesía de enviarme fotocopia de la misma, como hombre que, como se dice en el lenguaje coloquial, estaba en todo.

«Estar en todo» sería, efectivamente, la mejor definición de lo que

(\*) En homenaje al insigne helenista don Manuel Fernández Galiano reproducimos las palabras pronunciadas en su memoria por don Luis Gil Fernández en la Fundación Pastor de Estudios Clásicos, en sesión que tuvo lugar el 26 de enero de 1989.

fue la existencia de Manuel Fernández Galiano; «estar en todo», en el sentido exacto que tiene en la expresión el verbo «estar», como manera de instalarse en los aspectos múltiples de la realidad, no como pasivo espectador, sino protagonista activo. Infrecuente mezcla de hombre de estudio y de acción, en él el βίος θεωρητικός y el βίος πρακτικός eran dos caras de la misma moneda. Inmerso en el quehacer científico y académico, volcado en la vida familiar y social, no sólo conocía a fondo el *status quaestionis* de los temas científicos de actualidad más candente, pues contaba con un volumen de información impresionante, sino también los problemas administrativos, y hasta los laborales, económicos y personales de sus colaboradores, colegas y amigos. Y si tan al tanto de todo se mostraba, era por el deseo imperioso, compulsivo casi, que sentía de buscar soluciones. No había día que no saliera a la calle echándose al bolsillo una hoja pasada de calendario, en la que anotaba su ración cotidiana de problemáticas gestiones, que sucesivamente iba tachando de la lista según las iba resolviendo.

En él habían cristalizado, hasta hacerse una suerte de *natura super imposita*, las urgencias de los años inmediatamente posteriores a 1938, en la etapa que pudiéramos llamar fundacional de la actual filología clásica española. Nadie que no haya vivido esa época se puede imaginar la extraordinaria actividad que tuvieron que desplegar, prácticamente *ex nihilo*, los pioneros de nuestros estudios helenísticos. Había que aprender primero, venciendo todo tipo de obstáculos; después enseñar, investigar luego; y *last but no least* dar prestigio social a unas materias que desde antiguo se venían despreciando. Los helenistas de los años cuarenta tenían que ser y hacer un poco de todo, para abarcar, supliendo con su dinamismo y entusiasmo la escasez de su número, ese amplio arco del proceso educativo y de la industria cultural, que va de la enseñanza de los rudimentos en el bachillerato, a la formación de buenos profesionales en la universidad; de la creación de saberes en la investigación, a su difusión e intercambio en el mercado mundial de la ciencia. Para que la frágil planta del helenismo echara firmes raíces en la sociedad española era preciso ser, a la vez, pedagogo, investigador, publicista, apologeta, propagandista y relaciones públicas de la propia materia.

Todo esto fue, y con qué brío y de qué manera tan egregia, don Manuel Fernández Galiano. Su ingente tarea en todos estos campos, a tan

corta distancia de su fallecimiento, todavía no se puede calibrar debidamente. Pero sí cabe glosar el abanico de dotes personales que la posibilitaron. Y eso me dispongo a hacer, aun a riesgo, o mejor dicho, aun a sabiendas de quedarme corto.

Quisiera referirme, en primer lugar, al aspecto suyo que más nos chocaba a quienes fuimos sus discípulos en los años cuarenta en las aulas universitarias: a su dinamismo y su versatilidad. El Manuel Fernández Galiano juvenil, frente a la parsimonia y solemnidad de los viejos maestros, parecía una ardilla movida por una fuente inagotable de energía. Le recuerdo entrar en clase pasando lista o empezando a explicar conforme se iba quitando el abrigo por el pasillo, con esa voz suya de resonancias metálicas que llenaba por entero el aula. Con él se veía todo el programa de la disciplina (¡aquellos densos apuntes de indoeuropeo!) y no se perdía un minuto de tiempo. Los alumnos, lógicamente, agradecíamos aquel esfuerzo suyo, que, unido a sus excelentes dotes pedagógicas, nos hacía progresar a grandes pasos. Su realismo le hacía distinguir lo fundamental de lo accesorio. Así lo acreditan cumplidamente la concisión y claridad del epítome gramatical que compuso para el diccionario de Pabón-Echauri o la descripción de la lengua de Heródoto en la Antología de este autor publicada por la Sociedad de Estudios Clásicos, entre otros muchos ejemplos que pudieran aducirse.

Aludí antes a la versatilidad de mi maestro, y debo advertir, para evitar malas interpretaciones, que doy al término la primera acepción que de él figura en el Diccionario de la Real Academia y que tiene habitualmente en lengua inglesa. Por versatilidad entiendo la capacidad de volverse con facilidad a varias cosas; en otras palabras, el polifaceterismo. Hay hombres monotemáticos, que se mueve por la fuerza de la inercia en una sola dirección, sin salirse del mismo carril. Manuel Fernández Galiano, por su propio dinamismo, era capaz de simultanear con la misma competencia varios trabajos al día, poniéndose inmediatamente en situación y cambiando de esquemas mentales con asombrosa rapidez. Así se lo permitían la viveza de su inteligencia y su capacidad retentiva. Podía efectuar los cálculos de quien estaba sentado enfrente suyo, viendo los números al revés y operando en sentido inverso, con la mayor prontitud y precisión. Computaba sin equivocarse el número de sílabas y letras del párrafo más largo que se leyera. Con sólo poner la vista en una plana impresa

descubría la errata más recóndita. Habilidades todas ellas que, si eran una bendición para sus quehaceres filológicos, a la postre le resultaron un martirio, porque acabó por no fiarse del trabajo ajeno, asumiendo hasta las más insignificantes tareas ancilares, como la corrección de pruebas. Tales eran su acribía y escrupulosidad.

Con esto tocamos otra cualidad que tuvo el Fernández Galiano de la juventud y de la madurez en alto grado: la confianza en sí mismo, que en él nacía de la conciencia de sus posibilidades y de un concepto optimista del talante de los demás. Manolo —permítase al cariño llamarle por una vez así— jamás se movió en ese engranaje tan típicamente español del complejo de inferioridad unido a la envidia como resultado de la constatación de los fallos personales y de las excelencias ajenas, del orgullo como reacción compensatoria a las propias deficiencias, y como resultado final, esa malquerencia al prójimo que muy bien pudiéramos llamar «cacogalaxia», con la culta equivalencia acuñada por el inolvidable Santiago Montero Díaz a un feo vulgarismo nuestro. Hijo de catedrático de universidad y miembro de las Reales Academias de Medicina y de la Lengua, hermano de tres catedráticos de universidad, por sus circunstancias familiares, si bien podía ser *Pindarico more* un convencido de la transmisión hereditaria de la ἀρετή (cosa que no fue), al menos ni por su γενεά ni su παιδεία tenía motivo alguno para acomplejarse. Más bien se hallaba en la tesitura contraria, y esto le hacía proyectar a los demás su seguridad interior con cierta ingenua confianza en las buenas intenciones de la gente. Y así, por ejemplo, se expresaba con extraordinaria fluidez en lenguas extranjeras, sin que se le pasara por la imaginación que quienes le escuchaban pudieran reírse de su terrible acento. Yo le vi en una sesión del Congreso Internacional de Budapest replicar sucesivamente en francés, italiano y en inglés a sus interlocutores con una velocidad y una seguridad pasmosa. ¡Era estimulante verle!

Con la misma confianza, Manuel Fernández Galiano se servía de los adelantos de los tiempos. Lo mismo se atrevía a circular en Inglaterra con coche recién comprado y escasísima práctica, que a correr velozmente en una de las primeras «Vespas» que se vieron en Madrid, provocando la admiración o los comentarios jocosos de los alumnos. Por cierto, yendo con él de paquete en ella tuvimos un aparatoso accidente que por fortuna no tuvo consecuencias. Yo juré no volver a montar en artefacto se-

mejante y lo he cumplido. A él no le arredró el lance, ni se le ocurrió jamás pensar que a la *grauitas* profesoral le fuera indecoroso usar aquel tan juvenil medio de transporte. Porque en verdad, nunca, ni en sus últimos momentos, perdió su aire juvenil. Exento de todo engolamiento, natural en su forma de producirse, tenía una cualidad que con el tiempo fue en él acentuándose: la prestancia de la sencillez. Su hermano menor, Antonio, recordaba cómo la *auctoritas* de su primogenitura era fraternalmente aceptada por todos los hermanos, *as a matter of fact*, sin la menor rebeldía.

Esta falta de afectación que, sin embargo, infundía respeto, nacía en Manuel Fernández Galiano de su bondad natural y de su espíritu realista. Todos los que han trabajado con él pueden dar fe de su preocupación por los problemas económicos y personales de sus colaboradores y de los medios que ponía de su parte para resolverlos. El sabía muy bien que el cultivo de las humanidades no era un simple «hobby», sino una profesión tan digna de remunerarse como cualquier otra y que la única justificación del poder radica en la posibilidad de hacer bien a los demás. Hay gente buena que, sin embargo, se hace odiosa por querer que el prójimo adopte sus esquemas y acomode su conducta a su propia escala de valores. Fernández Galiano era la antítesis misma de esta actitud vital. Exquisitamente respetuoso con las formas de pensar ajenas, era la encarnación misma del hombre liberal y del rechazo de toda intolerancia. Para ejemplificar los excesos y veleidades en que incurre ésta, contaba lo que le sucedió en el Madrid de recién terminada la guerra. Un buen día se paró asombrado a contemplar cómo se llevaban por la Castellana camino de la estación de Atocha una fila interminable de presos. Su cara de asombro no le debió gustar a uno de los guardianes, que le obligó, amenazándole con el arma, a incorporarse a la triste comitiva. Resignado, se puso a caminar entre toda aquella pobre gente, hasta que por suerte suya un amigo le reconoció y le pudo librar de aquella engorrosa situación. El talante liberal y su vivaz inteligencia hacían de él un hombre jovial y con un gran sentido del humor. Gran degustador de la novelística inglesa, entre otras muchas cosas que con él aprendí fue a gozar con el frío humorismo de autores como Evelyn Waugh.

Todas las cualidades que he venido enumerando conferían a Manuel Fernández Galiano un don de gentes especial e innegables dotes de orga-

nización y mando. Gracias a ellas pudo ejercer con éxito cargos en la administración de la docencia y de la investigación, desde la vicesecretaría del Instituto Isabel la Católica, al decanato de la Facultad de Filosofía y Letras y vicerrectorado de la Universidad Autónoma de Madrid, desde los muchos patronatos de los que fue miembro, a la presidencia de la Sociedad de Estudios Clásicos y a la dirección del Instituto Antonio de Nebrija del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Pero donde don Manuel Fernández Galiano más a sus anchas se encontraba —y no creo equivocarme al afirmarlo— era en la dirección del curso de Humanidades Clásicas de la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo» en el largo período de 1969 a 1980 en que la ejerció. Allí, y en la presidencia de la fundación Pastor, que desempeñó ininterrumpidamente desde 1971 hasta la fecha de su fallecimiento, fue donde mayores satisfacciones encontró y mayores frutos rindió su trabajo. En uno y otro lugar tuvo la oportunidad y el acierto de invitar a lo más granado de la filología clásica mundial, desplegó sus dotes de excelente comunicador y pudo entablar relaciones personales de amistad con los más descolantes colegas extranjeros. Gracias, sobre todo, a los méritos de su ingente producción bibliográfica, pero también a sus dotes personales, nuestro helenismo y la filología clásica española en general salió de las sacristías y se elevó a los salones, para emprender, sacudido el pelo de la dehesa, su andadura por el mundo. La muerte se le ha llevado en plenas facultades mentales, en el ejercicio de todas sus virtudes. Mortalmente herido, todavía en los cursos de este verano de la Universidad Complutense pudo hacer gala de su cortesía y de la finura de su espíritu. Ya no está entre nosotros. Su obra en la enseñanza y en la investigación queda. Sus alumnos directos e indirectos le debemos estar siempre agradecidos por ella.

LUIS GIL FERNÁNDEZ